

Introducción

José Antonio Arraztoa Valdivielso

Luis Chiva de Agustín

José Granados García

En noviembre de 2022 la población mundial superó los ocho mil millones. No han faltado quienes lanzaran la alarma de un peligro para el planeta ante tal aumento de habitantes. La revista liberal *The Economist* desmentía tales preocupaciones, señalando que, de hecho, el ritmo de crecimiento lleva ya tiempo en caída, y que pronto la población del planeta habrá alcanzado su pico. *The Economist* indicaba también que no había que preocuparse de un declive exagerado, pues teníamos todavía muchos años con población alta.

No parece tan fácil, sin embargo, quedarnos tranquilos ante esta última posibilidad. El filósofo francés Remi Brague se pregunta, en un reciente libro (*Las anclas en el cielo*, Encuentro, 2022), cuáles son las razones para que el hombre quiera seguir procreando. Para ello no le basta con pensar que su vida es buena, sino que debe creer también que es bueno transmitir esta vida. Y esto requiere generosidad: no afirmar solo *su vida*, sino la vida *en sí misma* como tal, más allá del propio disfrute de ella.

Ante las voces que hoy dudan de que sea bueno seguir teniendo hijos (como las que suenan en el movimiento anti-natalista), Brague nota que la gran pregunta del siglo XXI es como la de Hamlet, “¿ser o no ser?”, solo que mirando al futuro: “¿generar o no generar?” Esta pregunta resulta ser la pregunta por la esperanza, es decir, por la bondad de un futuro que supera nuestras expectativas. Es decir, la fecundidad se sitúa en el centro de nuestras esperanzas. Reavivar la experiencia de la fecundidad, entender su grandeza, promover su deseo: he aquí, siguiendo a Remi Brague, el gran reto del siglo XXI.

Precisamente en esta encrucijada se sitúa este libro. Su tema es el reconocimiento de la fertilidad, desde múltiples puntos de vista: médico, psicológico, filosófico, teológico... Los estudios coinciden en señalar el único lugar donde este reconocimiento puede darse integral-

mente: la unión del hombre y de la mujer, que se entregan mutuamente en un acto de amor, el más íntimo y poderoso que se pueda realizar. *Este nexo entre la unión amorosa y la fertilidad permite reconocer que merece la pena seguir generando.* Pues solo el amor nos convence, no simplemente del regalo que es nuestra vida, sino de la bondad que supone seguir transmitiendo la vida.

Además, el reconocimiento natural de la fertilidad es un recurso para los esposos que no están preparados, por razones de peso, para acoger un nuevo hijo. Pues pueden realizar la unión conyugal en momentos infértiles, sin eliminar dimensiones esenciales del lenguaje del cuerpo y del amor mutuo. Se fomenta así también la esperanza, pues reconocer la fertilidad ayuda a reconocer el propio cuerpo y la capacidad de donación que está inscrita en él, y que conduce a los esposos más allá de sí mismos. Notemos que en este caso la responsabilidad no recae solo sobre la mujer, sino que es cuestión relacional, y que abre la dimensión de la maduración en el tiempo. Así, aun cuando no se pueda recibir un hijo, se mantiene viva la fecundidad del amor, es decir, la capacidad que este tiene de abrir horizontes nuevos.

En suma, sea cuando el reconocimiento natural de la fertilidad ayuda a concebir un hijo, sea cuando ayuda a distanciar los nacimientos, el método humaniza la forma de vivir el cuerpo sexuado, uniendo lo biológico con los afectos y con la racionalidad. Este es un gran mensaje de esperanza en nuestra época de banalización del cuerpo, en que hemos olvidado cuál es su lenguaje y cuáles son sus significados. El reconocimiento natural de la fertilidad se pone al servicio de este lenguaje, desvelando el cuerpo como lugar receptivo, unitivo, generativo y, de este modo, plenamente humano. Esta es la gran esperanza: recuperar a la pareja humana que se ama y, desde este amor, puede hacerse manantial de nueva vida para la misma pareja y para los hijos que puedan nacer de su unión.

En la Iglesia católica, el nexo entre amor y fecundidad que da plena dignidad al cuerpo ha sido afirmado con fuerza por la encíclica de san Pablo VI *Humanae Vitae* (1968), cuya enseñanza han confirmado todos sus sucesores. Es una encíclica que, aun escrita hace más de cincuenta años, tiene un carácter profético, pues predice la gran pregunta del siglo XXI y allana el camino para responderla. *Humanae Vitae* contiene una visión del hombre y una visión de la sexualidad que responden a la gran pregunta de nuestro tiempo.

Y es que en esta encíclica se enmarca la sexualidad en el contexto de la entera vida personal, como capacidad del don de sí mismo. La relación sexual, dada la hondura en que toca a la persona, solo tiene sentido cuando con ella se entrega todo lo que se es y tiene. Esto requiere un amor integralmente humano, que ama al otro por sí mismo, un amor fiel y exclusivo, un amor fecundo (cf. *Humanae Vitae* 7). Esta última nota resulta clave: el amor siempre es fecundo porque su don no se cierra en el hombre y la mujer, sino que abre a ambos más allá de sí mismos, desbordándoles para extender su comunión. De este modo pueden donarse mutuamente la capacidad de convertirse en padres y madres, originando así un futuro nuevo para la sociedad.

En este documento excepcional se hace una referencia explícita al *Reconocimiento Natural de la Fertilidad* (RNF) como la forma más legítima que tiene la pareja humana para proyectar su fecundidad (cf. *Humanae Vitae* 16).

Se subrayan así las consecuencias extraordinarias del uso correcto del RNF. Las personas que utilizan métodos naturales resaltan el valor personal del cuerpo y lo reconocen como el vehículo para la conformación de la comunión de personas. Esta paternidad responsable no solo tiene efectos en la fecundidad, sino que pone en valor a la persona, logrando integrar lo biológico con los aspectos afectivos y racionales. En definitiva, humaniza la sexualidad, poniendo de relieve su carácter de donación.

Este mensaje nos parece tremendamente atractivo. Es el mensaje que subyace detrás de la *Teología del cuerpo* de San Juan Pablo II. Contiene una respuesta cargada de esperanza a una oferta cultural que devalúa y banaliza la sexualidad, pues muestra sólo una perspectiva hedonista.

Para explorar las riquezas de esta perspectiva ante los nuevos retos de hoy organizamos en Pamplona, en Septiembre de 2021, el simposio cuyo contenido recoge este libro. Su objetivo era profundizar en las dimensiones antropológicas, afectivas y biológicas del Reconocimiento Natural de la Fertilidad como instrumento de una realidad mucho más amplia, enmarcada en una antropología integral del ser humano como persona. Las conferencias, de expertos mundiales sobre los distintos aspectos del reconocimiento natural de la fertilidad, fueron ampliamente seguidas, con 3100 inscripciones de un total de 67 países.

La división del simposio en tres partes es la misma que sigue este volumen. Se comienza con los fundamentos de una visión de la sexualidad capaz de generar esperanza. Se pasa luego a reflexionar sobre el modo de comunicar esta visión. Finalmente, se ofrecen caminos para hacer posible tal forma de vivir este aspecto central.

La primera parte del libro descifra una visión de la sexualidad plenamente humana. Aquí se trata, sobre todo, del cuerpo, y del cuerpo sexuado, como lugar de encuentro y de relación entre personas. Cuando la sexualidad se vive en el ambiente de un don irrevocable del hombre y de la mujer, la nueva persona que surge del acto sexual puede vincular su cuerpo con el amor que la ha generado, y aceptar así la bondad de ese cuerpo. A su vez, si el hombre y la mujer se unen en el acto conyugal con un don completo de sí mismos, entonces pueden vivir su cuerpo como posibilidad de salir de sí, acogiendo a la otra persona y entregándose a ella.

La segunda parte se concentra sobre la dimensión afectiva del amor personal. Para que la sexualidad adquiera un ámbito estable es preciso rehuir el emotivismo o sentimentalismo contemporáneo, en que la bondad del sujeto equivale a la bondad de aquello que el sujeto siente. Los afectos no son solo sentimientos íntimos de cada individuo, sino fuerzas para amar que orientan la vida, trabando alianzas fundantes con otras personas. Gracias a los afectos se pueden reconocer los dones originarios que se nos han confiado en la vida, así como el bien grande que se da en la comunión de vida con otra persona. Por eso los afectos encauzan y sostienen la relación hombre - mujer. Se gana entonces la convicción de que la comunión de personas no solo es un ideal, sino un camino que se puede recorrer en el tiempo.

Finalmente, la tercera parte explora el tema desde las ciencias de la salud. El reconocimiento natural de la fertilidad (RNF) aparece como herramienta que se ajusta de modo preciso a la perspectiva antropológica y afectiva antes delineada. La mujer puede identificar a través de su propio cuerpo su ventana de fertilidad, y así ajustar sus relaciones en circunstancias concretas de búsqueda de embarazo o de necesidad de distanciarlo. Se muestran aquí los beneficios de la RNF, desde el respeto "ecológico" al cuerpo de la mujer, pasando por la promoción de la responsabilidad de toda la pareja (no solo de la mujer), el aumento de diálogo y comunicación, así como el fomento de otras manifestaciones

afectivas en el matrimonio, hasta apreciar sus ventajas como método sostenible, accesible para todos y de coste cero.

“Ser o no ser”, “generar o no generar”, “amar o no amar”. La respuesta es clave para el futuro del hombre. El empuje para seguir generando no será sostenible si no nace desde dentro de la experiencia y deseo de las personas. Y no será sostenible si no aprendemos a humanizar el cuerpo, recuperando su lenguaje de amor y vida. Este libro quiere ayudar a aprender este lenguaje, desde distintas perspectivas.

Es una alegría poder agradecer a todos los ponentes, así como a la editorial EUNSA por su interés y afán en publicar este libro. Agradecemos también a todas las instituciones que hicieron posible el congreso, especialmente a la Universidad de Navarra, la Universidad de los Andes y el *Veritas Amoris Project*. Esperamos que el libro dé el fruto que sugiere su título: reconocer la fecundidad de que está llena nuestra vida, desde el reconocimiento del amor corporal que custodia esa fecundidad. Es decir, reconocer que, si vivida desde el amor y para el amor, nuestra vida es tan grande, que no puede sino transmitirse.